

Libro Complementario

Centro Intl. Para el Estudio de la Escuela Sabática

WWW.PMMINISTRIES.COM

Amor Ardiente: Jacob y Raquel

Lección 4



Para el 28 de Julio del 2007

En una época y cultura que demandaba que los padres arreglaran los matrimonios de sus hijos, Jacob y Raquel se destacan como un ejemplo de amor antes del matrimonio. Jacob amaba a Raquel tanto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa -cruzar cualquier mar, subir cualquier montaña, o realizar cualquier tarea- con el fin de obtener a Raquel como su esposa.

La Biblia supone que los esposos amarán a su esposa, pero se describe a pocos de ellos haciéndolo. Abraham le dijo a Sara cómo podía mostrarle su amor a él, y ella accedió a su pedido (Gén. 20:13). Mical, la hija de Saúl, estaba enamorada de David (1 Sam. 18:20), aunque probablemente todas las jóvenes eran sus admiradoras después que mató a Goliat. Salomón amó a sus esposas extranjeras (1 Rey. 11:2), pero en un sentido diferente. Pero el amor de Jacob excedió a todos ellos. Tenemos mucha evidencia de que Jacob amaba a Raquel con un amor realmente apasionado, esa clase de amor que admiramos.

Casarse dentro de la familia

El casamiento de gente buena con gente pagana (Génesis 6:1-3) fue un pecado que influyó en la decisión de Dios de limpiar la tierra con un Diluvio. Los "hijos de Dios", que se casaron con las hijas de los hombres, en los días de Noé, no fueron ángeles, como piensan algunos (porque

Jesús claramente dijo en Marcos 12:25 que los ángeles no se casan), sino el pueblo santo de Dios. En otra parte, Moisés se refirió a los israelitas como "Hijos sois de Jehová vuestro Dios" y les prohibió estrictamente que siguieran las costumbres de los pueblos paganos que los rodeaban (Deuteronomio 14:1). En su canto de despedida, Moisés indicó que cuando ellos actuaran corruptamente, los israelitas no serían llamados hijos de Dios (Deuteronomio 32:5). Si el diluvio fue el resultado del casamiento con no creyentes, no es extraño que los patriarcas posteriores al diluvio tomaran muy seriamente el evitar el casamiento de sus hijos con los incrédulos.

La familia de Abraham hizo grandes esfuerzos para evitar el matrimonio con incrédulos. Para hacerlo, se casaron con personas dentro de la familia. Esto no sorprendía a nadie porque significaba casarse dentro de los de la fe. La familia de Jacob y Raquel tenía en su árbol genealógico varios casamientos con miembros de su familia extendida. Nacor se había casado con Milca, su sobrina (Génesis 11:29). Comisionado por Abraham, Eliezer (su siervo), tomó a una bisnieta de Harán (hermano de Abraham) para Isaac. Por parte de su padre, Jacob era tío de Labán. Por parte de su madre, Labán era tío de Jacob.

En contraste, Esaú se casó fuera de la parentela y fuera de la familia de la fe con dos mujeres heteas (Génesis 26:34). Esto entristeció tanto a su padres, que Rebeca eventualmente le dijo a Isaac: "Estas mujeres hitita me tienen harta [...] Si Jacob se llega a casar con una de las hititas que viven en este país, ¡más me valdría morir!" (Génesis 27:46, NVI).

Rebeca usó este pretexto para poner a Jacob fuera del alcance de Esaú, que había jurado que tan pronto como Isaac muriera, él mataría Jacob por haberle robado su bendición (Génesis 27:41). Pero la estrategia de Rebeca funcionó. Isaac, contento, envió a Jacob con su bendición, instruyéndolo a no casarse con una cananea sino que fuera a la parentela de la madre a buscar esposa de entre las hijas de Labán, hermano de su madre (Génesis 28:1, 2). Como desquite, Esaú se casó con una tercera esposa, esta vez una hija de Ismael (Génesis 28:9).

A unos 95 km (60 millas) desde su salida, en un lugar llamado Luz, Jacob tuvo un sueño acerca de una escalera que llegaba hasta el cielo (Génesis 28:10-19). Cambió el nombre del lugar a Betel, y con renovadas fuerzas siguió hacia Harán, aproximadamente a 650 km hacia el noreste (400 millas). Cada vez que llegaba a un pueblo, preguntaba qué lugar era, y encontraba que tenía que seguir camino. Pero finalmente llegó a Harán. Era de tarde, y vio un campo con tres rebaños de ovejas paciendo junto a un pozo.

"¿Conocen ustedes a Labán?" preguntó a los pastores que le habían asegurado que el lugar era Harán. "Sí", le respondieron, y añadieron: "aquí viene su hija Raquel con sus ovejas".

Los rebaños eran la vida de Labán. Él había llamado a su hija mayor "vaca", y a su segunda, "oveja hembra". Raquel, la oveja, poseía una figura encantadora y un rostro hermoso. Aunque Labán tenía varios hijos, Raquel era la pastora de la familia (Génesis 29:9). Cada tarde conducía al rebaño al pozo. Cuando todos los rebaños de la aldea se habían reunido, los pastores corrían la piedra que tapaba el pozo y abrevaban a los animales. No había todavía suficientes rebaños reunidos ese día para que la piedra fuera quitada.

Jacob había albergado un sentimiento de culpa por engañar a su hermano y a su padre. Extrañaba a su madre y estaba cansado del largo viaje. Más que nada, se sentía solitario. Cuando vio a su hermosa prima Raquel y se dio cuenta de que otra vez estaba cerca de familiares, Jacob expresó su alivio emocionalmente. Poniendo la gran piedra a un lado, le dio agua al rebaño de Raquel y la besó, llorando mientras le informaba quién era él.

Labán estaba entusiasmado de encontrarse con su sobrino, y lo hizo sentirse en casa. Jacob vivió con ellos con gran alegría, y después de un mes, Labán le ofreció pagarle por su trabajo.

Es difícil imaginarse que las intenciones de Labán fueran solo de generosidad cuando ofreció pagarle a Jacob. Aun después de llegar a ser el suegro de Jacob, Labán lo engañaba a cada instante. Lo más probable es que Labán razonó que Jacob era un buen muchacho y seguramente sería un buen esposo para su hija.

Por otro lado, Jacob se había enamorado de Raquel y solo la falta de capital le impidió pedir su mano en casamiento. La oferta de Labán de trabajar por la dote se presentó como la oportunidad que necesitaba.

La dote y el precio de la novia

La dote en el Antiguo Testamento adoptaba diversas formas. El padre de la novia estaba involucrado: él le daba una criada a su hija en ocasión del casamiento. De este modo Sara, Rebeca, Lea y Raquel adquirieron sus criadas (Génesis 16:1; 24:61; 29:24, 29). Además, si el padre podía hacerlo, les daba más. Caleb le dio a su hija un campo con manantiales (Jueces 1:15), y Faraón le dio a su hija una ciudad (1 Reyes 9:16). El sistema de la dote le daba a la joven pareja algo con qué comenzar la vida. También le proporcionaba seguridad a la novia, porque en caso de divorcio, la dote debía devolverse. A menudo las hijas no recibían herencia de sus padres fuera de lo que recibían en ocasión de su casamiento. Las joyas y monedas formaban parte del ajuar de la novia. En la parábola de Jesús de la moneda perdida (Lucas 15:8-10), probablemente las monedas de plata eran de la dote.

También se esperaba que de parte del novio hubiera regalos a la novia y a su familia. Esto no era estrictamente una dote, sino el precio de la novia. Las hijas, como se puede ver en los ejemplos de Rebeca y Raquel, eran muy útiles a los padres. Una vez que se casaban, era una pérdida para la casa del padre y una ganancia para la familia del novio. El precio de la novia debía compensar esta pérdida. Eliezer, en nombre de su amo Abraham, dio joyas de plata y oro y ropas costosas a Rebeca, y otros regalos valiosos para su madre y para Labán, su hermano.

El precio de la novia variaba de acuerdo con la importancia de las familias. La determinación que ponía el novio para conseguirla, también decidía su valor. El príncipe de Siquem, enfermo de amor, le rogó a Jacob "Aumentad a cargo mío mucha dote y dones, y yo daré cuanto me dijere y dadme la joven por mujer" (Génesis 34:12). Siglos más tarde, Saúl le pidió a David que matara cien filisteos para ganar la mano de su hija Mical.

Pero el sistema tenía sus peligros. Un padre avaro podría demandar una suma exorbitante, y de este modo eliminar novios dignos que tenían fortunas inadecuadas. El novio más rico no era necesariamente el mejor. Jacob había llegado sin un centavo, y no tenía nada que ofrecer excepto trabajo, y él ofreció trabajar siete años por Raquel.

A Jacob le pareció un buen negocio porque él no tenía ninguna otra cosa para ofrecer. A Labán también le pareció bien. Labán había observado a Jacob y notó que era un buen trabajador. Además, como lo admitió él mismo, prefería darle Raquel a Jacob que a un pagano (Génesis 29:19).

Ligados por amor

Jacob cumplió su parte del contrato, pero después de siete años cometió un craso error. "Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido" le pidió a Labán. Él debió haber dicho: "Dame a Raquel para casarme con ella", evitando que Labán lo engañara. Labán mantuvo a Raquel en segundo plano, y le dio a Jacob a Lea como esposa, oculta tras su velo amparado por la oscuridad de la noche (Génesis 29:22-25).

Cuando Labán ofreció la excusa de que no era la costumbre dar 1a hija menor para casarse antes que la mayor, él no estaba mintiendo. En el Oriente es importante que la hija mayor se case primero. Muchas veces, aunque lista y ansiosa, la menor tiene que esperar hasta que la mayor encuentre un pretendiente. Si se permitía que la menor se casara primero la pareja debía dar un regalo a la hermana mayor. Pero aun si Labán tenía en mente los sentimientos de Lea, lo apropiado hubiese sido que Jacob estuviera informado de la costumbre. Labán intentó suavizar la ira de Jaco ofreciendo a Raquel por otros siete años de servicio. Era un negocio difícil.

Como era el hombre local, Labán habría tenido el apoyo de la gente de la aldea. Jacob era el refugiado. Como empleador, Labán tenía a Jacob a su merced. Hasta ese tiempo, Jacob no había pagado nada. Pero más que todo, el amor de Jacob por Raquel lo mantenía cautivo de Labán. De este modo no tenía opción, sino someterse mansamente a la traición. Las Escrituras registran solo una suave protesta del joven indefenso. Aunque Labán exigió otros siete años de servicio por Raquel, él hizo una concesión al permitir que la pareja se casara tan pronto como terminaron las festividades del casamiento de Lea (Génesis 29:27, 28).

Rivalidad con Lea

El cálido amor entre Jacob y Raquel dejó a Lea afuera. Pero Dios la compensó abriéndole el vientre. En rápida sucesión le dio cuatro hijos. Pero los nombres que Lea les dio reflejaban su pronto dolor al no ser amada como Raquel lo era. Rubén fue llamado así porque "Jehová vio mi aflicción". Lea esperaba que el nacimiento de un hijo haría que su esposo la amara (Génesis 29:32). Eligió el nombre Simeón porque "Jehová oyó que yo era menospreciada" (Génesis 29:33). Nombró a su tercer hijo Leví, porque, ella pensó: "Ahora se unirá mi marido conmigo" (Génesis 29:34). El cuarto recibió el nombre de Judá en alabanza a Dios. El hecho de que Lea sintió la falta de afecto sugiere que Raquel gozaba de todo lo que le era negado a Lea.

No hay indicación de que Lea se burlara de la estéril Raquel en la forma en que Penina afligía a Ana, la amada esposa de Elcana (1 Samuel 1:6), pero los nombres que Lea les dio a sus hijos sin duda añadieron dolor y culpa a Raquel, ya herida por su esterilidad.

En respuesta al nacimiento de los hijos de Lea, Raquel le exigió a Jacob: "Dame hijos, o si no, me muero". Estas palabras demostraron ser irónicas, ya que Raquel finalmente murió al dar a luz (Génesis 35:16-18). La competencia entre las dos hermanas las condujo a dar a sus criadas a Jacob como sustitutas, para darles hijos por ellas. Después que la criada de Raquel engendró su segundo hijo, Raquel declaró: "He contendido con mi hermana, y he vencido" (Génesis 30:8). La criada de Lea también le dio dos hijos a quienes Lea llamó "Buena fortuna" y "Dichosa" (Génesis 30:9-12).

Raquel tal vez a veces se habrá preguntado si el trato que le daban a Lea era incorrecto. Era obvio que Jacob amaba más a Raquel, y por supuesto, era la que Jacob había elegido y por quien había trabajado tanto. Lea había llegado a ser su esposa por medio del engaño. ¿Tenía Lea parte de la culpa al aceptar el plan engañoso de su padre, o en aquella sociedad, una hija tenía la oportunidad de oponerse a los deseos de su padre?

La lucha de Lea con Raquel por el afecto y la atención de Jacob abrió un nuevo capítulo con la introducción de las mandrágoras, una planta que se suponía que promovía la fertilidad. Rubén, el hijo de Lea descubrió mandrágoras en un campo de trigo y las trajo a su madre (Génesis 30:14).

Lea entonces negoció las raíces con Raquel a cambio de pasar una noche con Jacob. Otros dos hijos nacieron de ella, pero aun esos nacimientos no lograron ganar el amor de Jacob. Pero Dios finalmente se acordó Raquel. Cuando ella dio a luz a un hijo, lo llamó José, que significa

"que añada" al decir: "Añádame Jehová otro hijo" (Génesis 30:24). Ese pedido concedido, pero trágicamente, Raquel murió durante el nacimiento del segundo hijo.

Jacob engañado otra vez

Después que Jacob completó su segundo contrato de siete años por obtener a Raquel; él y su suegro se embarcaron en otra lucha. Labán le había pagado a Jacob por catorce años de servicio con sus dos hijas. Ahora Labán tenía que pagarle por los siguientes servicios. Jacob acordó trabajar por todas las ovejas y cabras que no fueran blancas. Las manchadas, salpicadas y de color oscuro serían de Jacob. Labán acordó rápidamente pero, astutamente, sacó los animales manchados, salpicados y oscuros del rebaño, y los envió a tres días de camino de distancia al cuidado de su hijos (Génesis 30:31-36).

Como Raquel, Jacob recurrió a la superstición en un intento de alcanzar sus metas. Esta superstición sugería que los descendientes se parecerían a lo que las madres miraran durante el embarazo. Aún hoy, en algunas partes del mundo, les dan a las madres que esperan fotos de niños hermosos, esperando que el niño que llevan adentro se parezca a ellos. Así Jacob puso varas parcialmente descortezadas con mondaduras blancas, en los abrevaderos. Esta estrategia pareció funcionar, y los rebaños de Jacob crecían rápidamente (Génesis 30:41-43). Pero Dios más tarde le informó a Jacob, en un sueño, que la fertilidad de sus rebaños se debía a la intervención de Dios para compensarle por el tratamiento injusto de Labán (Génesis 31:10-12).

Intento de obtener compensación

Cuando Dios le ordenó a Jacob que retornara a su tierra natal, Raquel y Lea unieron sus fuerzas esta vez. Estuvieron unidas en su creencia de que su padre había engañado a su esposo, y prontamente accedieron a volver a Canaán con él.

Pero aun los planes de regresar a Canaán incluían engaño. Raquel robó los dioses familiares de su padre mientras él estaba esquilando las ovejas (Génesis 31:19). Estos dioses no parecen haber tenido significado religioso, ni Raquel pareció reverenciarlos. Ella hasta se sentó sobre ellos para esconderlos de su padre (Génesis 31:34, 35). Ni Jacob tampoco tenía algún uso para ellos. Al fin, él los enterró debajo de un árbol cerca de Siquem (Génesis 35:4).

Las tabletas de Nuzi revelan el valor de esos ídolos. Ellos determinaban el derecho a la herencia, y en el caso de una hija casada, le aseguraban que su esposo recibiría la propiedad familiar si los dioses familiares estaban en su posesión.

Al robar los dioses familiares, Raquel estaba intentado corregir el mal que ella sentía que su padre le había hecho a Jacob al no compensarlo adecuadamente. Todo lo que tenían, Jacob lo había ganado. Labán no le había dado nada. El robo también era un intento de invalidar la pretensión de sus hermanos a su herencia, y para asegurar que Jacob tuviera el título principal a las posesiones de Labán. [1]

Sus hermanos ya estaban resentidos por la prosperidad de Jacob (Génesis 31:1).

Jacob y Raquel en el libro de Jeremías

A pesar del romance en la historia de Jacob y Raquel, un hilo de tragedia corre por toda ella. Después de su huida de Esaú, Jacob nunca más vio a su madre, a quien estaba tan apegado. Un refugiado, a merced de su tío/suegro, fue engañado y explotado. Dio siete años de trabajo fiel por el amor de su vida, solo para recibir la mujer equivocada en el casamiento. Después que Jacob trabajó lo suficiente para casarse con ella, Raquel permaneció estéril

durante años mientras su hermana, que no era amada, engendraba hijos con regularidad. Todos ellos temblaban de miedo mientras volvían a Canaán por causa de la amenaza de Esaú. Finalmente, Raquel murió temprano y dejó atrás a un esposo doliente y a dos niños pequeños.

Jeremías, el profeta que lloraba, usó a Jacob y a Raquel para ilustrar las dificultades que él veía para Israel. Con respecto al futuro él dijo: "Así ha dicho Jehová: / Voz fue oída en Ramá, / llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos / y no quiso ser consolada / acerca de sus hijos, porque perecieron" (Jeremías 31:15).

Jeremías estaba escribiendo principalmente acerca del exilio y afirmó que duraría setenta años (Jeremías 25:11; 29:10). La cautividad sería un tiempo de intensa tristeza para Raquel si hubiera vivido, o para Rebeca, o también para Sara. Cualquiera mujer lloraría si viera perseguidos a sus descendientes. Raquel fue probablemente mencionada porque los israelitas aparece con el nombre de Jacob (Jeremías 31:7,11). Pero Jeremías siguió añadiendo que Raquel no necesitaba llorar porque sus hijos retornarían de la tierra de sus enemigos a su propio país (Jeremías 31:16-18).

Mateo, bajo la inspiración, aplicó la profecía de Jeremías al tiempo del nacimiento de Jesús, cuando Herodes mató a los niños en Belén (Miqueas 2:16, 18). Efraín y Manasés, tribus descendientes de José, el hijo de Raquel, fueron parte del reino del norte lejos de Belén. Pero la tribu de Benjamín, el hijo menor de Raquel, se unió a Judá en el sur (2 Crónicas 11:1-3). Si embargo, muchos de las tribus de Efraín y Manasés se establecieron en Jerusalén desde el principio (1 Crónicas 9:3). Otra vez, cualquier descendiente femenino, tales como Sara y Rebeca, habría llorado al ver a los niños inocentes muertos por Herodes.

Jeremías se refirió a un tiempo de angustia para Jacob (Jeremías 30:7). Jacob tuvo muchos momentos de angustia, pero tal vez la mayor prueba fue cuando luchó con el ángel junto al río Jaboc (Génesis 32:1-31).

Jeremías obviamente se refería al sufrimiento que experimentaron los israelitas durante el exilio (Jeremías 30:3). Pero también se nos habla de un gran tiempo de angustia que sucederá al fin del tiempo (Daniel 12:1; Mateo 24:2-25). Ese tiempo de angustia tiene muchas semejanzas con el que pasó Jacob en su viaje de regreso a Canaán. Jacob percibía que había errado al robar la primogenitura. Se preguntaba si Dios lo había perdonado y lo protegería de su hermano, quien había prometido matarlo (Génesis 27:41; 32:6-12). También luchó con Dios y luego se aferró a él pidiendo una bendición. Como evidencia de que el ser con quien luchaba era divino, Dios tocó la cadera de Jacob, sintió dolor y el resultado fue que tuvo una incapacidad permanente (Génesis 32:31). En ese tiempo de "angustia de Jacob" el remanente también tendrá un decreto de muerte sobre sus cabezas, y sabiendo que el tiempo de gracia habrá terminado, se preguntará, como Jacob, si ellos están del lado de Dios (Mateo 24:9-22; Apocalipsis 16).

La historia de Jacob y Raquel es una historia romántica. Pero como muchos romances, este tuvo su parte de angustias. Un juego en el que varios jóvenes forman un círculo, y un "Jacob", con los ojos vendados, trata de atrapar a "Raquel", quien procura esquivarlo. Esto ilustra la frustración de ellos. Pero aunque las condiciones no siempre fueron ideales, su amor les permitió soportar todas las dificultades. A lo largo de los años, la gente ha admirado el amor que mostró Jacob a Raquel de tantas maneras.

Jacob se había enamorado de Raquel probablemente a primera vista (Génesis 29:17). El registro afirma claramente que él la amó más que a Lea (Génesis 29:30). A través de toda su vida, Jacob mostró favores especiales a Raquel. Cuando viajaban al encuentro con Esaú, llenos de temor, él puso a Raquel y a José en el lugar más seguro, en el mismo fin de la caravana (Génesis 33:2), y después de la muerte de Raquel, siguió favoreciendo a los hijos de ella. Jacob

dio a su hijo José un manto de diversos colores (Génesis 37:3) y retuvo a Benjamín cuando los otros fueron a comprar granos a Egipto (Génesis 42:3, 4), aun cuando Benjamín era un hombre grande con diez hijos propios (Génesis 46:21). La muerte temprana de Raquel no disminuyó el amor de Jacob hacia los hijos de ella, sino más bien lo reforzó.

Referencias

1. Merrill Unger, *Archeology and the Old Testament*, Zondervan, 1977, p. 123.

Compilador: Dr. Pedro Martínez